

Capítulo 3 - *Caída:* el soldado fuera del cuartel

Sebastián Quiroga Cubides

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

QUIROGA CUBIDES, S. *Caída: el soldado fuera del cuartel*. In: *Reinventar un héroe*. Narrativas sobre los soldados rasos de la guerra de Corea [online]. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Escuela de ciencias humanas, 2015. Opera prima collection, pp. 121-158. ISBN 978-958-738-593-9. Available from: doi: [10.7476/9789587385939](https://doi.org/10.7476/9789587385939). Also available in ePUB from: <http://books.scielo.org/id/s2rwx/epub/quiroga-9789587385939.epub>.



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Capítulo 3

Caída:

El soldado fuera del cuartel

¿Cómo ha sido analizado el papel del soldado fuera del ámbito militar? El tema de la guerra de Corea y la participación colombiana no ha sido ajeno a otras miradas, como los estudios académicos o la literatura. En estas visiones hay una forma de ver al soldado muy diferente de la que se mostró en el capítulo anterior, desde el lenguaje de los oficiales y la institución militar. Dos estilos narrativos han dominado la representación del soldado en los últimos sesenta años: como un ser invisible dentro de las dinámicas de la guerra y como víctima de las decisiones políticas.

El soldado desconocido

La primera tendencia historiográfica aparece en los primeros estudios sistemáticos de la guerra de Corea. De este corpus destacan una serie de textos que se han convertido en referencia obligada y que muestran una visión desde arriba, donde prima la visión institucional y el papel de los máximos líderes militares.

El primer estudio sistemático fue escrito por Russell Ramsey, de la Universidad de Florida, en 1967, inspirado en su experiencia como instructor de contrainsurgencia a

militares colombianos en la US Army School of the Americas. Este instituto fue muy importante dentro de la dinámica de los nuevos tratados de cooperación entre países latinoamericanos y los Estados Unidos. Entre 1946 y 1960, cerca de 835 estudiantes hicieron parte de estos entrenamientos en diferentes aspectos militares. En el periodo 1961-1970 se graduaron 882 estudiantes y desde 1952 se realizaron cursos de entrenamiento de contrainsurgencia no oficiales dentro de la dinámica del anticomunismo.¹

Ramsey presenta un resumen general de eventos políticos que antecedieron a la guerra. No hace ninguna distinción de las unidades, sino que presenta un balance de cifras de los eventos bélicos. Por ejemplo, Old Baldy es descrita como “una batalla donde 3.089 hombres participaron en acción. De estos, 131 murieron en combate y diez por otras causas [...] Se presentaron un total de 18 Medallas de Estrella de Plata de los Estados Unidos (tercera condecoración más alta) y 25 Estrellas de Bronce con V (cuarta condecoración más alta)”.² Los únicos individuos que aparecen son los comandantes Alberto Ruiz Novoa, Carlos Ortiz Torres y Jaime Polanía Puyo, junto a otros actores políticos, como presidentes y altos funcionarios.

Las fuentes principales del estudio de Ramsey son textos académicos de otros autores. En su presentación señala que

¹ Carlton Fox. *The U.S. Army School of the Americas and U.S. National Interests in the 20th Century*. Virginia: Virginia Polytechnic and State University, 2001, 2-38.

² Russell Ramsey. “The Colombian Battalion in Korea and Suez”. *Journal of Inter-American Studies*, Vol. 9, N°. 4 (octubre 1967): 548.

exploró diferentes bibliotecas en Estados Unidos y Colombia, además de material facilitado por militares colombianos. Los textos que se destacan en su análisis son los libros de Ruiz Novoa y Eduardo Franco Isaza. En *Guerrilleros y soldados*, de 1981, Ramsey propuso un análisis más amplio que, sin embargo, se sigue remitiendo al mismo tipo de fuentes de este escrito. Así, el pequeño apartado que dedica al Batallón reconstruye los hechos desde la visión de *El Tiempo*, como fuente para argumentar cómo la historia de la participación en Corea está ligada a decisiones políticas de los gobernantes, por lo que vemos que Ramsey no abandonó su preocupación por la historia política e institucional de Colombia.³

En Colombia, el primer texto que abordó la guerra de Corea como problema histórico fue *Política e intervención militar en Colombia*, de Francisco Leal Buitrago (reeditado posteriormente con el título de *Los militares en el desarrollo del Estado 1907-1969*). Este ensayo explora las raíces de la profesionalización militar y de la inserción de los militares al sistema bipartidista del Frente Nacional. Sobre la guerra de Corea, Leal Buitrago afirma que la decisión del envío de tropas se debió a una decisión política del Ejecutivo como estrategia para fortalecer las relaciones con Estados Unidos y lavar su imagen, hechos que relacionaba con la crisis política interna y el antiamericanismo de Laureano Gómez durante el segundo gobierno de López. En este texto aparece una afirmación, que ya había sido esgrimida por la prensa liberal durante el conflicto y reafirmada por algunos oficiales: “Se

³ Russell Ramsey. *Guerrilleros y soldados*, 192.

aprovechó la ocasión para enviar un número proporcionalmente mayor de oficiales de origen familiar liberal”, cuya fuente es el testimonio no especificado de un oficial dentro del Ejército.⁴

La guerra de Corea aparece aquí como un evento secundario dentro del contexto de la lucha contrainsurgente por parte del Estado. El argumento se construye desde la historia política tradicional que señala como protagonistas a los líderes políticos y sus decisiones como el motor de la historia. Así, habría una continuidad en la construcción de la narrativa hegemónica, pero con otras preocupaciones puntuales, que tienen que ver con la situación política desde la que escribe, en medio del bipartidismo del Frente Nacional.⁵ Ni el soldado ni ningún otro miembro del Ejército tienen relevancia como actores históricos, porque ese papel de sujeto de la historia es asumido por la institución.

El texto de Leal Buitrago surge en una coyuntura política particular, que influiría en los posteriores trabajos académicos. En 1965, el presidente de Colombia, Guillermo León Valencia, tuvo un enfrentamiento político con su ministro

⁴ Francisco Leal Buitrago. “Los militares en el desarrollo del Estado 1907-1969”, en *Estado y Política en Colombia*, 214. Este artículo se publicó por primera vez en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 32, Nº. 3, Memorias del IX Congreso Latinoamericano de Sociología, 4 (May - Jun., 1970): 491-538. El autor se basó en entrevistas con oficiales del Ejército. Sin embargo, no revela sus nombres.

⁵ Rigoberto Rueda. *De la guardia de fronteras a la contrainsurgencia: elementos de la evolución política e institucional del Ejército colombiano, 1958-1965*. Bogotá: Icfes, 2000, 18-19. Las tesis de Leal Buitrago se centran mucho en la noción de crisis del bipartidismo, mostrando este eje de análisis como factor que estructura el régimen político colombiano.

de guerra, el general Alberto Ruiz Novoa, al punto de que el presidente creyó que había una insurrección militar y estuvo a punto de dispararle al general cuando creyó que lo iba a encarcelar.⁶ Finalmente, la crisis se zanjó con la renuncia del general. Esta situación despertó un nuevo interés por los estudios militares, centrándose en las relaciones políticas del Ejército (como institución) con los partidos políticos.⁷

En este contexto, hay que tener en cuenta que durante la década de 1960 en Colombia se produjo una renovación de la forma en que se concebía la historia y el oficio del historiador. Se presentó un distanciamiento de la historia política tradicional, que se centraba en el análisis de las acciones de grandes hombres o la historia militar. Los historiadores se decantaron por la historia social y económica.⁸

Eduardo Pizarro Leongómez, a finales de la década de 1970, abordó el tema de la profesionalización y los cambios del Ejército en varios artículos. En su análisis sobre la guerra de Corea hace una historia política desde arriba, en una relación entre la ideología del conflicto y la del país, con relación a los oficiales que fueron a la guerra:

⁶ *El Tiempo*, 24 de agosto de 1997. La situación es explicada por el mismo presidente en una transcripción de Ramón de Zubiría, de una entrevista que tuvo cuando era embajador en Holanda con Guillermo León Valencia, en 1969.

⁷ Rigoberto Rueda. *De la guardia de fronteras a la constrainsurgencia*, 18-19.

⁸ Carlos Miguel Ortiz Sarmiento. "Historiografía de La Violencia", en *La historia al final del milenio*, Vol. 1, 379-380.

La guerra de Corea constituyó el único conflicto internacional de importancia en que se ha visto involucrado el ejército nacional y, de otra parte, el hecho de que se viera enfrentado a las fuerzas comunistas de Corea del Norte y la China continental sensibilizaría a un grupo significativo de *oficiales y suboficiales* (entre 150 y 200) en los postulados de la “Guerra Fría”. Aun cuando su impacto no fue inmediato, dadas las características del conflicto interno en que se hallaban envueltas las fuerzas militares, a largo plazo la interiorización del conflicto este/oeste y una vez estos *oficiales* acceden a los puestos de mando de la institución, serán los portavoces de la llamada “revolución estratégica” en el país.⁹

Pizarro destaca varios aspectos que habrían influido en la consolidación “de la institución militar como actor político”, y entre ellos incluye la participación en Corea: los oficiales que fueron a la guerra tuvieron una gran influencia en el cambio de mentalidad del Ejército, que lo llevaría a superar la tradicional adscripción partidista. Sus fuentes para afirmar esto son Francisco Leal Buitrago y Álvaro Valencia Tovar. Es notorio que la palabra “soldado” ni siquiera sea mencionada en el ensayo. Para el autor, los oficiales son los gestores del cambio político dentro de las Fuerzas Armadas.

En 1986 Carlos Urán hizo una aproximación diferente a la guerra de Corea, gracias a su consulta de fuentes diplomá-

⁹ Eduardo Pizarro Leongómez. “La profesionalización militar en Colombia (II): el periodo de La Violencia”. *Análisis Político*, 32. La cursiva es mía.

ticas en Washington. Su obra, de gran influencia posterior, explora la relación entre la política colombiana y la política internacional y diplomática. Este texto no tiene ningún interés en mostrar el papel del soldado, sino que se centra en las decisiones políticas de los principales dirigentes del país y el Ejército. Urán presenta un interesante debate que sería una de las tendencias en la interpretación del papel del soldado que fue a Corea. Evalúa la afirmación según la cual algunos militares fueron escogidos para ir a la guerra por su condición partidista. Basado en entrevistas con militares y políticos conservadores de la época, refuta la tesis de que hubo un interés en deshacerse de militares liberales.¹⁰ De esta manera, rebate la tesis de Leal Buitrago.

En el 2001 se publicó la tesis doctoral de Bradley Lynn Coleman, *The Colombian-American Alliance, 1938-1953*, posiblemente el más completo estudio sobre la guerra de Corea hasta ahora publicado, y a su vez el menos citado.¹¹ Este texto evalúa la contribución colombiana en el contexto de las relaciones estadounidenses con América Latina, usando la alianza colombo-estadounidense como caso de estudio

¹⁰ Carlos Urán. *Colombia y los Estados Unidos en la Guerra de Corea*, 68. Pone como ejemplo a Alberto Ruiz Novoa, quien se declaró liberal, como paradigma de que los militares sí querían ir.

¹¹ Esta disertación de la Universidad de Georgia posteriormente sería ampliada en el libro *Colombia and the United States: the Making of an Inter-American Alliance, 1939-1960*. Kent: Kent State University Press, 2008. El análisis que acá se hace es a partir de la tesis doctoral. Este trabajo fue supervisado por William W. Stueck, experto en historia diplomática de Estados Unidos, la guerra de Corea, las relaciones internacionales entre Corea y Estados Unidos, además de la historia del tabaco.

para examinar las dimensiones hemisféricas de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Corea.

El autor propone un análisis de política internacional, gracias a que tuvo acceso a archivos diplomáticos y militares en Estados Unidos. Para Coleman, la Violencia es una de las claves para comprender la participación colombiana en la guerra de Corea. El autor aborda el problema desde las relaciones internacionales, en el sentido de que fue un acto de cooperación estratégica, en un plano de intereses materiales (economía, tecnología) y de valores compartidos (ideología democrática y anticomunista).

Al igual que el texto de Urán, esta obra no habla directamente del soldado, pero genera discusiones sobre su representación. Para Coleman, los soldados eran en su mayoría voluntarios, excepto algunos. No son víctimas. No obstante, su narración de la guerra no plantea ninguna *agencia* a los individuos, sino que los adscribe al cuerpo militar. La discusión sobre la filiación política de los militares, o si estos eran voluntarios, solo le da una existencia efímera al soldado como individuo en el momento antes de entrar al Ejército, donde paradójicamente aún no es soldado. Ya en el Ejército, la narrativa anula su papel como agente individual y lo subordina al comportamiento de la estructura militar.

La breve reconstrucción que realiza de la batalla de Old Baldy, por ejemplo, es una muestra de que las preocupaciones de Coleman no se centraban en el papel individual del soldado. Su descripción es generalizada y se centra en dos aspectos: el movimiento de grandes unidades militares, tanto chinas como de las Naciones Unidas, y en la disputa

de los dos oficiales de alto rango a cargo de la operación: Alberto Ruiz Novoa, comandante del Batallón Colombia, y Arthur Trudeau, comandante de la 7ª División de Infantería, a la cual pertenecía la unidad militar colombiana.¹² Dentro de esta generalización, el autor sostiene que el único soldado condenado por un acto de indisciplina fue Alfred Ferhevach, cuya pena fue de 24 meses de prisión por robo. De resto, todos eran “disciplinados”.¹³ Así, el soldado es representado como un sujeto que responde a las directrices de la institución a la cual sirve.

Coleman compara las unidades colombianas con los etíopes, fieros en combate pero con un nivel de indisciplina perjudicial, al punto que llegaron a asesinar de manera selectiva a oficiales dentro de sus tropas. Por su parte, las tropas colombianas eran felicitadas por sus superiores estadounidenses. El autor reproduce, de esta manera, la visión ideal del soldado como agente de orden. No en vano critica que el problema de

¹² Bradley Lynn Coleman. *The Colombian-American Alliance: Colombia's Contribution to U.S.-Led Multilateral Military Efforts, 1938-1953*, 215-216. Estas discusiones las plantea a partir de los informes militares recopilados del Ejército de Estados Unidos, donde concluye, por ejemplo, que Ruiz Novoa fue usado como excusa por Trudeau para justificar su derrota en la batalla de Old Baldy.

¹³ Bradley Lynn Coleman. *The Colombian-American Alliance: Colombia's Contribution to U.S.-Led Multilateral Military Efforts, 1938-1953*, 199. El nombre del soldado es Alfredo y no “Alfred”. Coleman realiza un uso conveniente para su argumentación a partir de la fuente que utiliza, puesto que allí aparecen más casos. Por ejemplo, en la fuente aparece el soldado Álvaro López Zapata, condenado a dieciocho meses de prisión por “inutilización voluntaria”, el 3 de agosto de 1952, o el soldado Julio Ernesto Rodríguez, condenado a siete meses de arresto militar por atacar a su superior, el cabo 2º Luis Alfonso Boorquez, el 23 de agosto de ese año (cfr. Alberto Ruiz Novoa. *Enseñanzas militares de la campaña de Corea*, 152-154).

la participación se haya reducido a dos visiones: un conflicto partidista interno y la política imperialista estadounidense en Colombia. Si bien los soldados fueron vehículos para un fin mayor, que para Coleman serían los intereses políticos de unidad nacional y de alianza estratégica de Laureano Gómez, no hay una problematización de ese aspecto. Simplemente hacían parte de una organización: el Ejército.

En el 2005 Saúl Mauricio Rodríguez publicó un estudio similar que evalúa la influencia de los Estados Unidos en el Ejército Nacional. El autor analiza la colaboración durante la guerra de Corea y el conflicto del Canal de Suez; así mismo, plantea que los Estados Unidos se convirtieron en un referente para Colombia (“estrella polar”) y que el conflicto asiático fue el punto de partida de una alianza que moldearía a las Fuerzas Armadas. Su análisis del funcionamiento del Ejército en Corea y en los años cincuenta está construido desde los discursos de los oficiales de alto rango, especialmente Alberto Ruiz Novoa. Rodríguez hace su análisis en términos de la relación de los altos oficiales del Ejército con el modelo estadounidense. ¿Qué papel desempeña el soldado dentro de su representación? Un testimonio de un veterano, sin especificar, le hace pensar que no hubo vínculos entre los dos batallones, el de Corea y el del Canal de Suez. Además, utiliza el testimonio del combatiente Pablo A. Torres Almeida para mostrar que los soldados tenían una perspectiva ideológica favorable hacia la guerra: “Pertener a un regimiento estadounidense en plena guerra de Corea generó lazos indestructibles y acercó a los soldados y posteriores veteranos colombianos, a la causa de sus camaradas de armas.

Un combatiente colombiano señalaba que a los soldados que más agradecía en la línea de combate era a los estadounidenses”, asevera el autor.¹⁴ La voz del soldado, para Rodríguez, se identifica con la de los oficiales. El testimonio que utiliza sirve para generalizar la voz de los demás combatientes rasos.

En un aparte hace mención del paso del duro entrenamiento de los soldados, el complejo de inferioridad y la dificultad de manejar la ración, hasta una superación de la situación:

Se pasó a una fuerte seguridad de las tropas colombianas para cumplir misiones de alto riesgo durante su permanencia en la línea de combate. Tanto que *todos* los soldados ansiaban combatir. Un hecho extraño si se tiene en cuenta que estaba en juego la propia vida. Esto se debió en buena parte al alto sentido de pertenencia que logró integrar a los soldados colombianos por sentirse como representantes de Colombia ante el mundo y frente a otras unidades militares.¹⁵

Para Rodríguez, el soldado es representante justo del modelo militar que surgió de la relación entre Colombia y los Estados Unidos. El soldado se vuelve un problema cuando no puede continuar en el Ejército una vez la guerra finalizó.

¹⁴ Saúl Rodríguez. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*, 54.

¹⁵ Saúl Rodríguez. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*, 55-56. La cursiva es mía. Esta afirmación se basa en el testimonio del soldado Danilo Ortiz (cfr. Danilo Ortiz. *En busca de la gloria*, 59).

Siguiendo a García Márquez, se lamenta de que los conocimientos aprendidos en Corea hayan sido “desperdiciados”.¹⁶ Este texto da mayor voz al soldado, puesto que ya tiene un papel determinado dentro del Ejército y no es un simple integrante de la institución monolítica. Sin embargo, continúa con la visión del papel del soldado como un agente del orden, esta vez que debe aplicar este conocimiento en Colombia. En otra obra Rodríguez afirma que los soldados que fueron reclutados por conscripción (servicio militar) “han carecido de sentido de un ‘verdadero sentido de pertenencia y claridad de su misión’”.¹⁷

La historia de la guerra como historia político-institucional ha dominado el recuento académico del conflicto. Este tipo de visión se construye mediante la metonimia, en el sentido de la relación que existe entre la parte y el todo. La parte “soldado” puede reemplazar el todo “ejército”, y viceversa. No hay diferenciación entre la institución militar y sus miembros, por lo que sigue el carácter reduccionista característico de la metonimia. La mayoría de analistas se ha preocupado por ver las implicaciones de la actuación militar en relación con temas como partidismo, reestructuración de las Fuerzas Armadas y relaciones de los militares con la

¹⁶ Saúl Rodríguez. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*, 57. El autor retoma los textos de Alberto Ruiz Novoa, Álvaro Valencia Tovar y Gabriel Puyana García, principalmente, para analizar la situación en Corea.

¹⁷ Saúl Rodríguez. “¡Aquí comienza la excelencia!: apuntes sobre conscripción y democracia en la Colombia contemporánea”, en *De milicias reales a militares contrainsurgentes*, 74.

política nacional. Esto ha hecho que el soldado no sea visto como un agente político, sino como parte de una organización. De esta manera, el soldado se convierte en una proyección del deber ser de la institución militar, que es un agente que defiende el orden. No obstante, existe otra visión que cuestiona el papel de los soldados dentro del conflicto de Corea y en el Ejército. Estos replanteamientos transformaron la visión del soldado: deja de ser parte integral de la organización y se convierte en una víctima.

La victimización del soldado

El papel del soldado como víctima es un tema recurrente en diferentes narrativas de los últimos sesenta años. En el capítulo II se mostró cómo algunos oficiales sostenían que los miembros del batallón habían sido escogidos por su filiación política, aunque no había una victimización generalizada de los participantes. En la sección anterior se usaron algunos de estos argumentos para mostrar, en mayor o menor medida, cómo las decisiones políticas afectaron a los participantes. No obstante, serían otros autores quienes ahondaran en la descripción de los soldados que participaron en la guerra como víctimas de una situación política contra la cual no podían hacer nada.

Gonzalo Bermúdez Rossi, mayor del Ejército retirado, obtuvo el título de sociólogo de la Universidad Santo Tomás, de Bogotá, en 1975. En un estudio definido como sociología militar, en 1982, realizó un análisis de la institución en diferentes escenarios políticos e históricos. Su tesis apunta a que existía una militarización del país, donde las Fuerzas

Armadas dejaron de ser una herramienta política y se convirtieron en un actor político.¹⁸

Bermúdez afirma que los combatientes fueron desplazados a Corea impositivamente, aunque se les quiso mostrar como voluntarios. Su fuente es una encuesta hecha a 200 miembros de las Fuerzas Armadas, en servicio activo y en retiro, que combatieron en Corea. Este texto refuerza la tesis de los combatientes como víctimas, apoyado en las memorias del soldado veterano Alejandro Martínez Roa, de quien nos ocuparemos en el siguiente capítulo, y en los escritos de Álvaro Valencia Tovar.

Los extractos escogidos por Bermúdez muestran un Ejército politizado y dominado por los intereses estadounidenses. El autor adopta una postura crítica con respecto a Valencia Tovar, que compara la actuación de los soldados en Corea con la de las unidades de lanceros de la Independencia: “Las ‘huestes colombianas’ que fueron a Corea no lucharon ni ahincadamente, ni con verdadera mística por su propia liberación, ni en su propio suelo, sino en pro del imperio norteamericano”.¹⁹ También cita algunos testimonios, como el de Joaquín Velandia en Radio Cadena Nacional: “A nuestro regreso del frente de batalla en Corea, fuimos olvidados por el gobierno y los mandos militares, por lo que numerosos decidieron incorporarse a las guerrillas del Sumapaz”.²⁰

¹⁸ Gonzalo Bermúdez. *El poder militar en Colombia: de la Colonia a la Contemporaneidad*. Bogotá: Editorial Expresión, 1992, 19-20.

¹⁹ Gonzalo Bermúdez. *El poder militar en Colombia*, 95.

²⁰ Gonzalo Bermúdez. *El poder militar en Colombia*, 95

Bermúdez retoma narrativas que ya existían, pero que no habían sido visibles para la academia, en un modo irónico de urdir la trama confrontando la visión de Valencia Tovar. El autor utiliza por primera vez el texto del soldado Alejandro Martínez Roa y la voz de otros, mediante encuestas. Los oficiales del capítulo II usaron la voz del soldado para citar su heroísmo y la forma en que representaba una actuación ideal. Bermúdez tomará esa voz para mostrar cómo los soldados se vieron afectados por la situación política y unos intereses particulares. El soldado es representado como víctima de un conflicto ajeno, obligado a luchar por una causa que no es propia y damnificado por la guerra, no solo durante el conflicto, sino después de este, porque el gobierno los desatendió. En el 2008 Adolfo Atehortúa publicó un artículo que sigue esta línea argumentativa de Rossi, reforzándola con testimonios extraídos de algunas memorias de los militares:

No es posible definir cuántos oficiales encontraron en la Guerra de Corea la oportunidad para escapar a la situación comprometedora en la que el Ejército venía moviéndose frente a la dinámica de la violencia: prefirieron combatir en Corea antes que matar compatriotas en los Llanos. Varias décadas más tarde, algunos confesaron que “no entendían por qué motivo habían acudido a un teatro extraño a su geografía, ideales, valores y aspiraciones”. Otros, en cambio, lo dijeron sin tapujos [cita a Puyana García].²¹

²¹ Adolfo Atehortúa. “Colombia en la guerra de Corea”. *Revista Folios*, Nº. 27 (primer semestre 2008): 65.

En 1993 Elsa Blair afirmó que el envío de tropas fue una herramienta política de Laureano Gómez contra los liberales.²² Este argumento es contradictorio, puesto que una fuente para esta afirmación es el trabajo de Carlos Urán, el cual problematiza la selección. La investigación de Blair apunta a la idea de que con la participación en la guerra, el gobierno de Laureano Gómez buscó la asistencia militar y la ayuda extranjera de los Estados Unidos, con el pretexto de la lucha contra el comunismo. Así, el Gobierno logró asociar al liberalismo con el comunismo, para restarle legitimidad, y usar la ayuda militar en el conflicto interno. Esta visión muestra de manera implícita a los combatientes colombianos de la guerra de Corea como títeres de los intereses políticos del gobierno conservador. Así, se comienza a generar una visión crítica del papel del soldado en la guerra, que continuaría en las interpretaciones académicas.²³ El soldado es visto como un prisionero de la política bipartidista que no puede escapar de ese destino, el cual lo condena como personaje histórico.

En 1996 Kyong Mi Cha, de la Universidad Nacional de Colombia, presentó una tesis de maestría cuyo objetivo era

²² Elsa Blair. *Las Fuerzas Armadas: una mirada civil*. Bogotá: Cinep, 1992, 74-76.

²³ Vale la pena recordar la definición de White del modo tramar satírico: “El tema arquetípico de la sátira es precisamente lo opuesto a este drama romántico de la redención (que es el planteado desde los oficiales); es en realidad un drama de desgarramiento, un drama dominado por el temor de que finalmente el hombre sea prisionero del mundo antes que su amo, y por el reconocimiento de que, en último análisis, la conciencia y la voluntad humanas son siempre inadecuadas para la tarea de derrotar definitivamente a la fuerza oscura de la muerte, que es el enemigo irreconciliable del hombre” (Hayden White. *Metahistoria*, 19-20).

demostrar que la participación colombiana en la guerra de Corea fue una decisión partidista, contrariando la creencia (existente sobre todo en el lenguaje de las Fuerzas Armadas) de que las razones obedecían a una tradición civilista y defensora de los principios democráticos. La autora usa de manera sistemática entrevistas a excombatientes, tanto soldados como oficiales, mediante una serie de preguntas estructuradas sobre la participación.

Esta tesis usa en gran medida estos testimonios, junto a notas de prensa y otros textos, para reconstruir la guerra de Corea. La voz del soldado aparece en diferentes escenarios, según el cuestionario. Así, unos hablan de “heroísmo”, “valor”, “abnegación”, “sacrificio” y “disciplina”. Sin embargo, cuando se llega a la pregunta de por qué fueron a la guerra, las respuestas son que fueron engañados, obligados, o sencillamente que eran ignorantes, en el sentido de que dado el origen campesino de la mayoría, desconocían las dimensiones y consecuencias de la guerra. De esta manera, Kyong argumenta que la decisión de la participación fue vertical, desde arriba, impuesta a los soldados de una u otra forma. Esta posición limita la capacidad de decisión individual, en el sentido de que es otro el que toma la decisión.

Es interesante ver cómo en el trabajo de Kyong se comienza a construir el discurso de posguerra de algunos militares, que como veremos más adelante es muy característico de los soldados rasos. Según recoge la autora, “la mayoría de ellos contestaron [...] que fueron olvidados, despreciados

y humillados sin ninguna ayuda por parte del gobierno”.²⁴ Ahí aparece un conflicto, no desarrollado dentro de la tesis, donde algunos cuestionan “que las prebendas fueron recibidas por los altos oficiales”, y donde señalan los problemas de reinserción a la sociedad que tuvieron después, al buscar trabajo, o la hostilidad de la población civil hacia ellos. Así, al igual que en Bermúdez Rossi, el soldado padece en la guerra y de regreso a casa.

Kyong afirma, de manera desafortunada, “que la mayor presencia de elementos liberales en la línea de fuego [...] pudo haber obedecido a una estrategia del gobierno conservador en el poder, tendiente a disminuir en el país la presencia liberal prevaleciente en el elevado número de las masas populares”.²⁵ No cuenta con un trabajo estadístico (nadie lo ha hecho) para decir categóricamente que la mayoría de soldados eran liberales. Además, como ella misma señala, la mayoría de sus entrevistados (a excepción de uno) eran liberales, por lo que esta escogencia aleatoria de la muestra determinó el resultado del análisis de las entrevistas. Kyong no analizó los testimonios que recogió. Pese a que el soldado habla en primera persona, vuelve a aparecer como un actor determinado por las decisiones partidistas conservadoras y que no puede hacer nada para enfrentarse a su trágico destino.

²⁴ Kyiong Mi Cha. *La participación de Colombia en la Guerra de Corea, 1950-1953*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1996, 156.

²⁵ Kyiong Mi Cha. *La participación de Colombia en la Guerra de Corea*, 158. Inclusive, llega a afirmar que “los excombatientes en el primero y en el segundo contingente no fueron reclutados en forma voluntaria sino que fueron objeto de una orden militar impartida” (159).

En el 2007 se publicó la tesis de maestría de Bárbara Skladowska, titulada *Los nombres de la patria en la guerra de Corea: el ocaso de un mito*. La autora adopta una postura crítica en relación con la historiografía tradicional, donde el protagonista, “el soldado que parte para Corea, está casi ausente o aparece como un peón irreflexivo o víctima de una compleja interacción social”.²⁶ Su trabajo busca mirar “desde adentro”, desde la dimensión cultural de la realidad histórica, como una reacción crítica de la autora respecto a las miradas anteriores que solo veían al Ejército desde “afuera”. La investigación de Skladowska tiene como propósito “indagar por las representaciones patrias; por la manera cómo los contemporáneos (la sociedad representada en la prensa de los 50 y los combatientes) traducen lo extraño y amenazante de su entorno [...] cómo dotan de significado al contexto social y su relación con él y regulan consecuentemente sus prácticas”.²⁷ Su intención es rescatar esa voz de los protagonistas, de los “enviados”. Sin embargo, pese a su intento de desligarse de la historiografía tradicional, la perspectiva de Skladowska presenta al soldado de nuevo como una víctima de las circunstancias políticas y de la guerra, en un modo satírico donde ni los personajes ni el mundo social encuentran reconciliación al final.

El escrito en mención plantea una diferenciación en dos categorías de análisis: *la voz desde Colombia*, que aparece

²⁶ Bárbara Skladowska. *Los nombres de la patria en la guerra de Corea*, 6. Los autores de los que se aleja son Gonzalo Bermúdez Rossi, Russell Ramsey, Álvaro Tírado Mejía, Jorge Orlando Melo, Francisco Leal Butrago y Carlos Urán.

²⁷ Bárbara Skladowska. *Los nombres de la patria en la guerra de Corea*, 59.

en la prensa bogotana y los discursos políticos de los años cincuenta, y *la voz desde Corea*, donde hablan soldados y oficiales. Sin embargo, esta interpretación desde los militares tiene algunos problemas:

El segundo eje discursivo, el de los enviados, lo componen las múltiples voces de los militares, los que hablan desde el horizonte “significativo-relacional” atravesado por la cruda realidad de un campo de batalla [...] se compone de los diferentes testimonios inscritos en la dimensión temporal y espacial única: los tres años que duró la misión del Batallón en Corea.²⁸

Los enviados (o “la voz desde Corea”) hablan en Colombia, puesto que la autora se basa en entrevistas que realizó a los veteranos en el siglo XXI y en los textos y memorias publicados por soldados y oficiales a largo del siglo XX. No tiene en cuenta la temporalidad ni el lugar de producción de estas fuentes, pero los evalúa como si estuvieran hablando en tiempo presente durante la guerra. Skladowska usa estos datos para confrontarlos con la prensa de la década de 1950 y mirar cómo se construyó el discurso sobre la patria, de forma paralela, entre quienes combatían y quienes estaban en Bogotá.

La autora atribuye mayor agencia a los beligerantes que otros estudios: “Podemos pensar que aunque los combatien-

²⁸ Bárbara Skladowska. *Los nombres de la patria en la guerra de Corea*, 86-87.

tes estaban constreñidos por las condiciones no elegidas, sus actuaciones fueron resultado de sus propias elecciones”.²⁹ Esta frase resume la representación del soldado que se plantea la autora. Por una parte, habla de unos sujetos envueltos en una situación política concreta, a la que fueron enviados como carne de cañón por unos intereses partidistas de la época; la visión del soldado-víctima. En contraste, sostiene que cada soldado construía su propia visión del mundo que lo rodeaba y de la guerra, por lo que plantea la dualidad entre lo que representan los mismos militares y la opinión pública. El “soldado” es en este caso un concepto generalizado, puesto que la autora no hace distinción de rango entre los combatientes, por lo que su descripción vale tanto para los oficiales como para los soldados rasos. El tropo que mejor describe la operación de escritura es la sinécdoque, puesto que primero transfiere las características del todo —los enviados, en conjunto— a la parte —los soldados rasos (función integrativa)—. Segundo, transfiere las cualidades de la palabra víctima

El mismo título de su obra, *El ocaso de un mito*, refleja que en su narración domina el discurso pesimista sobre la participación colombiana en la guerra de Corea y el conflicto mismo, todo lo cual considera un sinsentido, criticando la visión oficial que ha destacado la importancia de la participación dentro de la geopolítica del conflicto. El soldado, como sujeto social, es rescatado en este relato, al no reducir

²⁹ Bárbara Skladowska. *Los nombres de la patria en la guerra de Corea*, 106.

las decisiones y la mentalidad del individuo a una acción institucional, como sucedía en las anteriores corrientes historiográficas, sino que es un actor que entra en conflicto o que apropia discursos y prácticas que se construyen desde un centro político que es Bogotá.

Los trabajos de Kyong y de Skladowska suscriben una perspectiva diferente de la guerra de Corea, distanciándose de los discursos dominantes en la academia de los últimos sesenta años que han reducido el problema de Corea a sus circunstancias políticas e institucionales. No obstante, estos cuestionamientos no eran nuevos. En la literatura ya existía una preocupación por mostrar cuál era el papel de los soldados que fueron a combatir a la guerra de Corea. Una obra de teatro, *Guadalupe años sin cuenta*, y la novela, *Mambrú*, son una muestra de preocupaciones en otros ámbitos fuera de la academia.

Estos relatos serán vistos como producciones populares, partiendo de la visión de Néstor García Canclini en *Culturas híbridas*. El autor se separa del sentido clásico de lo popular (que se reducía al folklore o a lo campesino, como por ejemplo se ve en el trabajo de Mijail Bajtin),³⁰ y propone una nueva aproximación, en especial para América Latina, donde opera una relación entre tradición y modernidad de los sectores excluidos que no participan en el mercado de los bienes simbólicos legítimos (en este trabajo, las narrativas académicas y militares producidas por la “alta cultura”, en

³⁰ Mijail Bajtin. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial, 2003.

términos de García Canclini). Las tecnologías comunicativas y la reorganización industrial de la cultura no sustituyen las tradiciones, sino que cambian las condiciones de obtención y renovación del saber.³¹ Así, una obra de teatro como *Guadalupe* es una producción que combina el saber tradicional del teatro, con la inclusión de un público más amplio y la posibilidad —más reciente— de grabar y retransmitir las presentaciones que se hicieron en medios masivos como la televisión o internet, gracias a la gran popularidad de que gozó la obra. De igual forma, *Mambrú* es una mezcla de la pluma de un escritor formado en la tradición literaria académica con la apropiación de los relatos de los subalternos, masificados mediante un género popular como la novela y editoriales de gran tiraje. En esta investigación, el concepto de exclusión y subalternidad de García Canclini no es pensado tanto en quien produce el relato, sino en cuanto a su posición respecto a la tradición historiográfica, puesto que el teatro y la literatura no han solido ser tomados como referentes críticos sobre la producción histórica.

Guadalupe años sin cuenta fue escrita a varias manos por el grupo del Teatro la Candelaria y se estrenó en 1975. Ganó

³¹ Néstor García Canclini. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la Modernidad*. México: Editorial Grijalbo, 1990; Cruz Elena Espinal Pérez. “La (s) Cultura (s) Popular (es): los términos de un debate histórico-conceptual”. *Revista Universitas Humanística* (Pontificia Universidad Javeriana-Bogotá), N.º 67 (enero-junio 2009): 223-243. Es curioso observar que estos relatos, aparentemente excluidos y subalternos, se transforman en relatos hegemónicos para los soldados rasos, puesto que presentan una visión que los excluye y no los representa, por lo cual deben adoptar sus propias estrategias narrativas.

el Premio Casa de las Américas.³² Es uno de los clásicos colombianos, al punto que en la actualidad se sigue representando. Santiago García, director y fundador del Teatro, llegó a realizar más de 1500 presentaciones de esta obra.³³ La pieza narra la historia del asesinato del líder guerrillero liberal Guadalupe Salcedo. La historia se sitúa en el contexto de la Violencia partidista después del 9 de abril, ya con los conservadores en el poder, y muestra a través de las voces del pueblo, militares y políticos de la época, la rebelión liberal de los llanos orientales, culminando en 1953 con la muerte del líder liberal. La obra hace una inteligente combinación del tradicional coro que aparece en los cambios de escena del teatro antiguo con música colombiana. Plantea, desde su prólogo, un choque de versiones de la historia: el relato oficial *versus* el relato popular.

Uno de los personajes principales es el soldado Joaquín Robledo. Entró al Ejército a prestar el servicio militar, luego partió hacia la guerra de Corea, de donde regresó lleno de

³² Los autores que estuvieron desde la creación, investigación y escritura son: Patricia Ariza, Luz Marina Botero, Graciela Méndez, Fernando Cruz, Inés Prieto, Hernando Forero, Oberth Gálvez, Manuel Gil, Santiago García, Carlos Parada, Fernando Mendoza, María Elena Sández, Francisco Martínez, Fernando Peñuela, Alfonso Ortiz y Álvaro Rodríguez. También contó con la ayuda de Arturo Alape, famoso por sus libros sobre la época de la Violencia y la muerte de Jorge Eliécer Gaitán (cfr. *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/guadalupe.htm> [consultado el 10 de diciembre del 2012]). La lectura de esta obra se basa en esta versión.

³³ Lucía Garavito. “Guadalupe años sin cuenta: el lenguaje oral como instrumento de resistencia ideológica”. *Latin American Theatre Review*, Vol. 20, Nº. 2 (Spring 1987): 6.

condecoraciones. En su primera aparición sigue las órdenes de un sargento de apellido Velandia en un retén en los Llanos Orientales. Habían capturado a un campesino de la zona, Jerónimo, a quien acusaban de rebelión. En su diálogo con él, encontramos una primera forma de representación del soldado raso:

- JERÓNIMO: Entonces, ¿por qué no escapamos los dos a buscar la revolución liberal de los Llanos? Muchos soldados liberales han pasado a la revolución. Dese cuenta. Hasta el capitán Silva lo hizo con cuarenta soldados. (Pausa). ¡O déjeme escapar esta noche!

- ROBLEDO: Hombre, a mí no me haga esas propuestas. (*Cada vez más cerca del campesino*). Ahora soy soldado. Y como soldado no me puedo meter en política. Eso lo dice el teniente. Eso lo dice mi sargento Velandia.

- ¡Anímese, hombre! Déjeme ir esta noche.

- (*Se arrodilla junto a Jerónimo*). Entienda mi situación

- ¿Por qué no escapamos los dos entonces?

- Déjeme decirle: a los desertores los fusilan y yo soy soldado. Me gustaría ayudarlo. Pero, ¿qué puedo hacer?³⁴

En esta parte de la obra Robledo aparece como un soldado de origen campesino, de El Limón, en el Tolima y de familia liberal. Lo dice en voz baja, para no llamar la atención

³⁴ “El Retén”, en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/reten.htm> [consultado el 10 de diciembre del 2012]).

de los oficiales. El soldado se representa como un individuo de la misma índole que los demás hombres campesinos, diferente de los oficiales. Está en el Ejército por cuestiones circunstanciales, pero no comparte su ideología. Simplemente sigue las órdenes para no meterse en problemas. Esto se puede ver en un corrido que cuenta su historia inicial, luego de ser insultado por el teniente Velandia por ser “cachiporro” (liberal), quien le anuncia lapidariamente: “¡O lo enderezco o se lo lleva el putas!”. Un corrido después de esta escena cuenta la historia de este soldado:

Joaquín Robledo, el soldado,
 campesino tolimense
 antes de ser enrolado
 ya tenía bien presente
 que si un día era soldado
 llegaría a ser teniente.
 Ya empieza a tener sorpresas
 este muchacho inocente
 ya está en manos del sargento
 que le va a lavar la mente.³⁵

Unas escenas más adelante, el soldado vuelve a aparecer como recluta de la guerra de Corea. Un corrido, con ritmo de paisaje sabanero, lo vuelve a presentar dentro de la obra:

³⁵ “El Reten”, en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/reten.htm> [consultado el 10 de diciembre del 2012]).

Y el campesino inocente
Joaquín Robledo, el soldado,
vio cambiar sus ilusiones
tragando siempre callado.
Su vida se la cambiaron
ya es hombre bien adiestrado.
En las manos del sargento
tiene el tiro ya afinado.
Va a la guerra de los yanquis
contra el pueblo coreano
con ilusión de medallas
y un buen ascenso de grado.³⁶

Robledo, “el campesino inocente”, aparece como una víctima de un sistema elitista, donde las decisiones se toman desde arriba, en una estratósfera muy por encima del pueblo. Esto es una constante dentro de la obra, especialmente cuando se ven las discusiones políticas en la capital comparadas con la lucha de guerrillas liberales en los Llanos. El soldado se muestra como un sujeto cuya mentalidad va cambiando y se moldea según los intereses del sistema.

El mismo sargento Velandia es quien da la instrucción a los soldados que parten hacia Corea. Luego de preguntarles si saben qué significa la guerra, pronuncia un discurso donde les asegura que de esa guerra van a volver como soldados

³⁶ “La Vaca”, en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/vaca.htm> [consultado el 10 de diciembre de 2012].

de verdad y que no van a dejar “ni un solo bandolero vivo”. Velandia pone como modelo de soldado al estadounidense: “conoceremos, eso sí, a verdaderos soldados, altos, rubios, fuertes, capaces de dar la vida por la Patria. De los soldados norteamericanos debemos aprender su valor, su arrojo. Su desprecio por la vida. Son hombres cojonudos, hombres que sienten en su honor de soldados el vestir el uniforme de la Patria”.³⁷ Una serie de valores de los que carecen los hasta ahora reclutas. En un diálogo con el soldado Robledo, muestra el proceso de transformación de mentalidad de este al entrar al Ejército, donde deja de ser “una mierda, un miserable collajero” y se convierte en un soldado de la patria, “que no se mete en mierdas políticas”. Un soldado que responde a un ideal: “¡Defender la Patria, mi sargento!”.³⁸

Unos agitadores irrumpen y les gritan: “¡Soldados colombianos! Ustedes no van a defender a Colombia en Corea. No estamos en guerra contra el pueblo coreano. ¡Esta es una guerra provocada por el imperialismo yanqui!”. “¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Soldados, ustedes van a una carnicería, los mandan como carne de cañón! ¡Regresen!”.³⁹ Esta visión se puede entender como la del clamor popular, según

³⁷ “El envío de tropas a Corea”, en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/envio.htm> [consultado el 10 de diciembre del 2012]).

³⁸ “El envío de tropas a Corea”, en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/envio.htm> [consultado el 10 de diciembre del 2012]).

³⁹ “El envío de tropas a Corea”, en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/envio.htm> [consultado el 10 de diciembre del 2012]).

los autores. Esto se ve porque usan el mismo lenguaje que los cantantes de los corridos que hay entre cada escena. Por ejemplo, es recurrente el término “guerra *contra* el pueblo coreano”, que tiene un significado ideológico muy de la mano con las corrientes comunistas. La metáfora de “carne de cañón” también es recurrente; se puede encontrar, en cierta medida, en la literatura de excombatientes como Alejandro Martínez Roa. Unos años más tarde, otro de los soldados rasos veteranos, Fabio Botero, va a criticar esta postura, como se mostrará en el siguiente capítulo. Esta expresión aparece también en el texto de Bárbara Skladowska, en diferentes pasajes.⁴⁰

La transformación está completa cuando Joaquín Robledo regresa de la guerra, repleto de medallas por acciones heroicas, y hace presencia en un acto religioso para honrar la memoria de unos soldados asesinados en los Llanos. El cura usa la figura literaria del apóstrofe, dirigiéndose a Robledo, en un discurso que hace un llamado a los soldados que fueron a Corea a la defensa de los valores cristianos, de la democracia y la paz.⁴¹ Así, el soldado regresa como un instrumento

⁴⁰ Bárbara Skladowska. *Los nombres de la patria en la guerra de Corea, 1951-1953: el ocaso de un mito*, 3, 71, 91, 111.

⁴¹ El apóstrofe se usa cuando el interlocutor se dirige, hablando en segunda persona, hacia una o varias personas presentes, ausentes, vivas o muertas, animadas o inanimadas, para captar mejor la atención. La forma más famosa es la usada por Cicerón con Catilina en el discurso *In Catilinam*, donde pareciera que le habla directamente a su rival político, cuando en realidad se está dirigiendo a los demás senadores. Este recurso sirve para aumentar el énfasis del personaje sobre el discurso aplicado. En el caso de Robledo, refuerza su estereotipo.

del poder político, en una escena que culmina con el soldado Robledo haciendo un saludo fascista.

Robledo llega totalmente diferente de Corea. Habla mitad inglés y mitad español. Aparece en una cantina, donde llora a su madre muerta. Se emborracha y confunde a una india con su progenitora. Luego sufre una situación de estrés postraumático y a la india la ve como un coreano, la ve como un coreano. Intenta ahorcarla y comienza a lanzar maldiciones, en las cuales se puede entrever una nueva crítica hacia los oficiales, pese a que Robledo había alcanzado el grado de sargento:

¿Dónde está el capitán, dónde está el teniente? Oficiales de mierda que no pelean, que no le dan la cara al enemigo. Son iguales a todos esos bandoleros que merodean por estas selvas, sin mostrarse de cuerpo entero. Aquí está el “Colombian Tiger”, el tigre de Corea, con ansias de pelea. Come on, capitancito de mierda, teniente sin huevas, ¡oficiales que las charreteras les quedan grandes!⁴²

Es significativo el hecho de que la representación de este soldado afectado por la guerra, que solo habla de batallas, sea “tigre”, el mismo nombre que tenía la compañía de Francisco Caicedo en el asalto al cerro de El Chamizo. “La sangre de los tigres no la huela el miedo”, grita el trastornado sargento.

⁴² “La cantina”, en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/cantina.htm> [consultado el 10 de diciembre de 2012]).

Le disparan. Luego reaparece más adelante buscando a Jerónimo en los Llanos para capturarlo, al mismo liberal que habría querido ayudar al principio de la obra, completando el ciclo de transformación. La actuación del soldado comienza y termina en el mismo sitio, alrededor del mismo personaje. Pero antes de Corea, es un simple liberal campesino recluta; después, es parte del aparato de represión del Estado. Esta visión que victimiza al soldado continuaría en la literatura colombiana.

En 1996, el escritor boyacense Rafael Humberto Moreno-Durán publicó en Barcelona *Mambrú*, una novela que presentaría por primera vez la dicotomía entre oficiales y soldados de manera explícita. Este texto presenta un modelo de relato muy informado de las situaciones bélicas del conflicto de Corea. A través del personaje ficticio Vinasco, un historiador cuyo padre participó en la contienda, Moreno-Durán articula su novela sobre las narraciones de excombatientes. En esta obra hay choques de clase y de raza; psicosis de la guerra; insultos y motes a oficiales; facciones que entran en conflicto con los ideales tradicionales, con el concepto de patria y con su papel dentro de la guerra. La diferencia entre los soldados y los oficiales, “los de allá arriba”, aparece más explícita. Por ejemplo, uno de los narradores, lisiado y que vive en Tokio, relata cómo se conoció con el historiador protagonista, hijo de uno de los oficiales que conoció:

Fue entonces cuando el profesor me dio su nombre y algo se removió en mi memoria y mi actitud cambió [...] ¿Sabe que su padre fue uno de los pocos tipos decentes que conocí

yo en la guerra? Aunque él era oficial a nosotros siempre nos trató como iguales.⁴³

Estas comparaciones se pueden apreciar en otro episodio, que relata una de las anécdotas del viaje del primer batallón desde Buenaventura hacia Pusán: la escala en Honolulu, en Hawái. El narrador se pregunta “¿Por qué los oficiales pueden bajar a tierra y nosotros [los soldados rasos] no?”.⁴⁴ Así, uno de los factores para definir al soldado en esta obra es la diferencia. El *yo* o el *nosotros* se construye alrededor de lo diferente y dominante, que es la oficialidad. No en vano este soldado ironiza que Ruiz Novoa haya sido condecorado pese a no estar en el frente de batalla, mientras que él sí estuvo, hecho totalmente inventado por R. H. Moreno-Durán que puede suceder por dos cosas: por desconocimiento de que los soldados del primer batallón fueron comandados por otro oficial o, más probablemente, que el objetivo del autor sea realizar la crítica al exceso de autocomplacencia de los oficiales respecto a sus condecoraciones, sin importar la exactitud histórica.

Esa crítica también se puede advertir con respecto a esas memorias de los oficiales. Otro de los soldados que habla en *Mambrú* se burla de Valencia Tovar, no solo por su estatura (“el pequeño capitán”), sino porque aparecía siempre en los medios y en sus escritos nunca mencionaba a su tropa.

⁴³ Rafael Humberto Moreno-Durán. *Mambrú*. Bogotá: Santillana, 1996, 33.

⁴⁴ Rafael Moreno-Durán. *Mambrú*, 60.

En ese relato cuenta la historia del soldado Camilo Torres, quien bajo las órdenes de Valencia Tovar participó en una misión suicida de rescate que posteriormente fue alabada en periódicos, memorias y manuales militares. En su estilo narrativo ácido, Moreno-Durán vincula este hecho con la posterior victoria militar de Valencia Tovar sobre Camilo Torres, el cura insurgente, quince años después. De esta forma, vemos cómo esta obra muestra dos dimensiones: el soldado, como un personaje víctima del destino y que no logra la reconciliación, en un modo de tramar que se debate entre la sátira y la tragedia, puesto que si bien algunos mueren, otros sobreviven y cuentan la historia, con un final que es producto del destino (no hay reconciliación). Los oficiales, por su parte, hacen menos que los demás y se llevan la gloria, por lo que los presenta en un modo irónico, lo cual le permite la negación de la imagen tradicional.⁴⁵ Este hecho es marcado cuando el narrador es un oficial que confronta a los críticos de la guerra:

⁴⁵ Rafael Moreno-Durán. *Mambrú*, 90-91. En otro pasaje se burla de manera sutil del relato del subteniente Francisco Caicedo y su pelotón, a través de uno de sus personajes: “Los Tigres eran los más petulantes y no cesaban de vanagloriarse porque en uno de los combates más tenaces lograron sacar vivo de la refriega al teniente Peláez, a quien los chinos le dieron un tiro en las pelotas” (173). Ese cuestionamiento a la moralidad militar de los oficiales es un tema analizado dentro de la obra de Moreno-Durán, que algunos señalan que es una forma de desenmascarar “el fallido eufemismo de la guerra como juego” (Moisés Park. “*Mambrú*, novela sobre el Batallón Colombia en la Guerra de Corea: memoria, erotismo y olvido en la doctrina Marilyn Monroe”. *Brújula: Revista Interdisciplinaria sobre Estudios Latinoamericanos* (Universidad de California), Vol. 7, 2009, 108).

Usted mismo menciona en sus escritos errores indignos de su objetividad. Mire bien: las bajas exactas fueron 639, de las cuales apenas 163 fueron muertos y 448 heridos. Se canjearon 28 prisioneros y algunos soldados se dieron por desaparecidos. Sume bien y dígame, ¿vale la pena hacer tanta alharaca por unas bajas tan poco significativas? Piense en cambio en la cantidad de condecoraciones con que los americanos premiaron el valor de nuestros hombres.⁴⁶

El soldado aparece como un sujeto con agencia, que toma decisiones, no como parte de una estructura jerárquica organizada ni como un dato aislado. Así, vemos por ejemplo las razones que Moreno-Durán pone en boca de los soldados para ingresar al Ejército: algunos alegaban que fue por huir del exterminio político de la época, otros hablaban de forma de deshacerse de hijos díscolos, inútiles, que eran un dolor de cabeza y tenían poca esperanza en la vida civil. Unos afirmaban que lo hacían por promesas de becas y estudio del gobierno colombiano y del estadounidense. Algún otro afirmaba que se vio obligado a ir por lotería. Estas visiones se pueden encontrar en algunos testimonios orales de los soldados, así como en sus libros publicados.

El soldado en *Mambrú* se convierte en la voz que cuestiona la guerra de Corea y la visión tradicional del poder militar, que se puede sintetizar en el tradicional lema “Patria, Honor, Lealtad” del escudo del Ejército de Colombia. Si bien esta es

⁴⁶ Rafael Moreno-Durán. *Mambrú*, 160.

una novela, la construcción de su historia presenta elementos investigativos muy sólidos. En algunos pasajes hace referencia a prensa de la época (incluyendo las crónicas de García Márquez) y los libros principales del tema, incluidas las memorias escritas de los oficiales y el texto de Russell Ramsey. En su relato se ven algunas apreciaciones que en posteriores entrevistas con los soldados excombatientes son evidentes, especialmente la crítica a esas “historias de los oficiales” detalladas en el capítulo II. En una entrevista, el mismo autor explica cuál fue su proceso para consolidar esta obra:

Elegí un historiador, hijo de un héroe de Corea, como narrador porque se siente hijo de héroe hasta que investiga. Los veteranos empiezan a contarle cosas que lo hacen dudar de la verdad que conoce. Entonces, va a los archivos militares colombianos, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos y a Londres. El personaje es alumno de Eric Hobsbawm, el mayor historiador vivo del mundo, que es especialista en violencia colombiana. Son los pasos que yo di para la novela.⁴⁷

Desde la misma época de la guerra, en el calor de los acontecimientos, no se hacía una reinterpretación del papel del soldado tan crítica. La obra de Moreno-Durán plantea un escenario que la historiografía académica no había tocado: el papel del soldado como actor dentro de una institución. Los análisis militares hasta ahora solo habían visto la

⁴⁷ *El Tiempo*, 15 de agosto del 2003.

organización como un conjunto monolítico, preocupados más por analizar una historia política desde la construcción hegemónica del discurso. Se rompe la homogenización que plantean otros escritos, puesto que se muestran historias de vida disímiles. La narrativa académica muestra una historia institucional donde el papel del soldado no es relevante. En las narrativas literarias, el papel de este es fundamental para comprender los conflictos sociales.

¿Cuál es la versión dominante de las narrativas de la guerra dentro de la sociedad colombiana? Para establecer esto habría que recurrir a un modelo estadístico para analizar de qué forma representan el pasado los colombianos y cómo la guerra de Corea está presente en sus percepciones históricas. Hacerlo está fuera del alcance y propósito de esta investigación.⁴⁸ Sin embargo, algunas publicaciones de prensa actuales muestran qué tipo de interpretaciones siguen circulando. En un artículo conmemorativo de los sesenta años del Batallón Colombia, la *Revista Semana* presenta una narración de los hechos que refleja las visiones de los oficiales, donde el soldado-héroe aparece en la narración del caso del soldado Camilo Torres Cruz, que como se mostró en el capítulo II corresponde al modelo de héroe que impera en la narrativa de los oficiales.⁴⁹ En ese mismo ambiente de aniversario,

⁴⁸ Un estudio de estas características fue ejecutado por Roy Rosenzweig y David Thelen, donde evaluaban los usos que los estadounidenses tienen de su historia. *The Presence of the Past: Popular Uses of History in American Life*. New York: Columbia University Press, 1998.

⁴⁹ Pedro Arciniegas Rueda. “En la guerra olvidada”. *Revista Semana*, 9 de octubre del 2010.

El Tiempo publicó una entrevista a Álvaro Valencia Tovar, donde continúa su narración desde los principales personajes de la guerra (no hay mención de los soldados) y aparece de nuevo el énfasis en que la mayoría de participantes eran liberales.⁵⁰ Las visiones dominantes que se producen fuera del ámbito militar se pueden articular en tres ejes: el primero corresponde a la visión de las historias de las Fuerzas Armadas desde lo institucional y a las publicaciones periódicas, donde se recurre a la metonimia en la relación soldado-institución para explicar su papel. El segundo se desprende mediante la problematización del primero por parte de la academia. Los historiadores comenzaron a construir un relato donde el soldado se desarticulaba de la institución y se convertía en una víctima del destino. El tercer eje es producto de la lectura que desde la cultura popular se hizo del conflicto. El personaje del soldado también se victimizó, pero mediante una trama que se acercaba más a la tragedia, puesto que si bien el destino y las decisiones de la lucha política determinaron su suerte, los personajes pudieron mostrar un grado mayor de libertad, y al final del relato hubo una ganancia en la conciencia sobre los personajes, a saber, que fueron a pelear por una causa injustificada.

⁵⁰ Cfr. María Isabel Rueda. “Sesenta años después, ¿qué ganamos en la guerra de Corea?”. *El Tiempo*, 2 de noviembre de 2010. La misma periodista es quien pregunta “¿Es cierto que la mayoría del Batallón Colombia estaba compuesto por liberales?”, una muestra de la expansión dentro de diferentes niveles de esta afirmación (por cierto, hay que decirle a María Isabel que la embarcación que llevó al primer Batallón se llamaba *Aiken Victory*, y no *Iken Victory*).

No obstante, existen otros relatos que circulan, y que dan una visión más amplia de lo que significó ser soldado en el conflicto coreano. Se trata de la visión de los mismos soldados, que mediante escritos, entrevistas y monumentos hicieron su propia interpretación de la participación en la guerra.